

A Dios le agrada nuestra alabanza

Hugo Estrada

Varias veces he experimentado lo siguiente: en un grupo de personas, he invitado a algunos para que hagan una oración. Casi todos inician la oración diciendo: "SEÑOR TE PIDO...", "Señor, te pido...", "Señor, te pido...". Para muchos, la oración es sinónimo de "pedir" cosas a Dios. Se olvidan de darle gracias, de bendecirlo, de alabarlo.

Para muchas personas la oración de alabanza es casi desconocida. En su oración normal abundan los "TE PIDO..." y no aparecen los "TE ALABO...". Cuando acudimos a Dios sólo para pedirle cosas demostramos que, propiamente, no lo amamos, sino que lo buscamos únicamente para que nos solucione nuestros problemas.

La oración de alabanza ha sido llamada "la oración perfecta", porque la persona que de corazón alaba a Dios, propiamente, se olvida de sí misma para centrar su atención en la bondad y la grandeza de Dios; porque su objetivo en la oración no es obtener favores de Dios, sino expresar su agradecimiento, su admiración. Algo que no se olvida con mucha frecuencia: la alabanza es una "orden" expresa de Dios. No un consejo piadoso. No es una recomendación. Dice Pablo: "*Den gracias a Dios EN TODO, porque ésta es LA VOLUNTAD DE DIOS para ustedes en Cristo Jesús*" (1 Ts 5, 18). Es una orden del Señor. Algo que le agrada. Algo que debe brotar

espontáneamente del corazón agradecido.

Para que la oración se convierta en alabanza deben existir motivos concretos que nos impulsen a alabar a Dios. La primera Carta a Timoteo dice: "*Porque todo lo que Dios creó es bueno*". Aquí hay un motivo muy convincente. Todo lo creado es bueno. Es un regalo de Dios para sus hijos. Por eso el libro del Génesis hace ver cómo Dios mismo. "vio que era muy bueno" lo que había creado. El salmista, al contemplar la creación, estalla en un grito de alabanza, diciendo: "*Los cielos pregonan la gloria de Dios, el firmamento anuncia la obra*

de sus manos" (Sal 19). San Pablo también nos invita a contemplarlo todo como un regalo de Dios para nosotros; dice Pablo: "*Todo resulta para bien de los que aman a Dios*" (Rm 8, 28). En la óptica de la fe, todo es "algo bueno" que Dios regala a sus hijos.

En tiempos del Rey Salomón, cuando, entre sonido de trompetas y tambores, llevaban el Arca de la Alianza al Templo, todos iban entonando alabanzas a Dios, y decían: "*Porque es bueno y su misericordia es eterna*" (2 Cro 5, 14). La mejor motivación para alabar a Dios es haberse encontrado con Dios como un PADRE BUENO Y MISERICORDIO-

SO. Tener experiencia de la bondad y misericordia de Dios es el mayor estímulo para sentirse impulsado a alabar y bendecirlo. El Salmo 68, 19 reza: *“¡Bendito el Señor! Cada día nos colma de beneficios el Dios de nuestra salvación”*. El Salmo 103, 2, a su vez, recomienda: *“¡Bendice, alma mía, al Señor y no OLVIDES ninguno de sus BENEFICIOS!”*

Al Señor le agrada la alabanza. La alabanza atrae su bendición. Los que, en tiempos de Salomón, llevaban el Arca del Templo, entre cantos de alabanza, pudieron ver cómo UNA NUBE se introducía en la casa del Señor (2Cron 5,13). Esa nube era señal de la presencia de Dios, de su bendición (2 Cro 5, 14). Esa simbólica nube nos recuerda que cuando el pueblo tenía comunión con su Dios, la nube los precedía, lo ocultaba de enemigos; se volvía fosforescente, en la noche, para indicarles el camino. La alabanza es signo de comunión con Dios, que se patentiza con su evidente bendición. Dios, en alguna forma, se manifiesta, muestra su agrado.

El ciego de Jericó, al ser curado, dice el Evangelio, iba *“alabando a Dios. Y toda la gente que lo vio también alababa a Dios”* (Lc 13, 43). El tullido, curado por Pedro y Juan, en el atrio del Templo, entró *“andando, saltando y ALABANDO a Dios”*. Tanto el ciego como el tullido habían experimentado la salvación de Dios y, por eso, no terminaban de alabar al Señor, y su alabanza inducía a los demás a unirse a su oración de gratitud a Dios. La esencia de la oración de alabanza estriba en la experiencia de la salvación de Dios, de sus beneficios, de su misericordia, de su salvación. El cristiano, que ha sido salvado, que ha recibido innumerables dones de Dios, que ha sido múltiples veces perdonado y sanado debe sentir la necesidad de alabar a Dios. No hacerlo equivale a provocar el desencanto de Dios, como cuando Jesús, al ver a un solo leproso que

La esencia de la oración de alabanza estriba en la experiencia de la salvación de Dios, de sus beneficios, de su misericordia, de su salvación.

le daba las gracias, preguntó; *“Y los otros nueve, ¿dónde están?”*

Un don de Dios

La alabanza no es algo a lo que nosotros nos sentimos naturalmente inclinados; más bien parece que nuestra inclinación es al lamento, al reclamo, a la inconformidad. Es Dios el único que nos puede hacer cambiar de “mentalidad”; el que nos puede regalar una conversión como a Habacuc, que de la oración de lamentos pasó a la oración de alabanza en toda circunstancia. Como Job que de la interpelación a Dios, pasó al sacrificio de alabanza. La alabanza es un “don” de Dios; por eso debemos implorarlo con ilusión.

El salmista, de pronto, se da cuenta que está alabando a Dios; está entonando himnos para él. Por eso exclama: *“Puso en mi boca un canto nuevo”* (Sal 40, 3). La actitud de alabar a Dios no es normal. Es nuevo. Es algo que Dios ha puesto directamente en la boca del salmista. Consciente de esto, el salmista también implora de Dios ese canto nuevo con humildad, y le dice: *“Abre mis labios y proclamarán tu alabanza”* (Sal 51, 15). El poeta de los Salmos sabe perfectamente que es Dios el que tiene la llave que abre los labios para que alaben a Dios. San Pablo hizo referencia a los “gemidos inenarrables” (Rom 8,26), que el Espíritu Santo pone dentro de nosotros en la oración. Ciertamente se refiere a ese “canto nuevo” de alabanza que el Señor pone en nuestros labios: la oración de alabanza.

La iglesia en su sabiduría de siglos nos enseña a comenzar la “Liturgia de las horas”, suplicando a Dios

que nos conceda el don de saber alabar; de allí que esta oración litúrgica se abre con las palabras del Salmo 51: *“Abre mis labios y mi boca proclamará tu alabanza”*, una oración que muchas veces debemos repetir, pues, la oración de alabanza, sobre todo en los momentos difíciles de nuestra existencia, sólo puede ser producto de un regalo de Dios. Un “gemido inenarrable”, “un canto nuevo”, que Dios introduce en nuestro corazón por medio del Espíritu Santo.

La Biblia expone un nuevo dato. La alabanza a Dios no se limita a un determinado momento de oración: debe hacerse continuamente. Como el corazón no deja de palpar, así los labios no deben cesar en una alabanza a Dios porque, segundo a segundo, se muestran su bondad y su misericordia. El salmista, por eso, escribió: *“Desde el nacimiento del sol hasta el ocaso, alabado sea el nombre del Señor”* (Sal 113, 3). También escribió: *“Bendeciré al Señor en todo tiempo, su alabanza estará siempre en mi boca”* (Sal 34, 1). El salmista emplea una figura llena de realismo y belleza cuando dice: *“Sea llena mi boca de tu alabanza, de tu gloria todo el día”* (Sal 71, 8).

La verdad es que cuando se camina en fe, todo se ve bajo óptica divina, y se descubre a Dios en todas partes, en todos los acontecimientos. San Juan de la Cruz, al ver los verdes prados, decía que era Dios que había pasado por allí y había dejado pintada de verde la naturaleza. Cuando Dios está no sólo en la mente, sino sobre todo en el corazón, no queda otro camino que tener la boca “llena de alabanzas a Dios en todo momento”.